

1965

**revista
del colegio mayor de
nuestra señora del rosario**

Leopoldo Zea

El mundo filosófico
de Miguel Angel

Angel Vassallo

Carácter, apogeo y crisis
de la filosofía moderna

Antonio Montaña

Una charla sobre filosofía

Hernando Morales

Sobre la Demanda

Raúl Chavarri P.

Sociología y Literatura

Jaime Ferrán

Poemas

POLEMICA

Simposio sobre Reforma Parlamentaria

BIBLIOGRAFIA

**revista bimestral
enero - febrero de 1965**

469

Nº 469

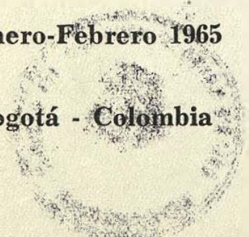
Año LIX

Tarifa reducida en el
servicio postal del Minis-
terio de Comunicaciones

Licencia Nº 1848.

Enero-Febrero 1965

Bogotá - Colombia



COLEGIO MAYOR DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO



REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO



Fundador:

Monseñor RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

Rector:

Monseñor JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Director:

ANDRES HOLGUIN

Relaciones Públicas:

PEDRO HERNANDO MORALES G.



REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO



Presidente
MEMORIAS DE LA COMISIÓN DE INVESTIGACIONES
Vicepresidente
SECRETARÍA DE INVESTIGACIONES
DIRECCIÓN
SECRETARÍA DE ADMINISTRACIÓN
SECRETARÍA DE ASISTENCIA SOCIAL
SECRETARÍA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

C O N T E N I D O

FILOSOFIA

El mundo filosófico de Miguel Angel Por Leopoldo Zea	9
Carácter, apogeo y crisis de la filosofía moderna Por Angel Vasallo	19
Una charla sobre Filosofía Por Antonio Montaña	25

DERECHO

La suspensión de la admisión, el rechazo y la reforma de la Demanda Por Hernando Morales M.	37
Relaciones Jurídicas entre el Presidente de la República y sus Ministros Por Jaime Vidal Perdomo	47
La Noción del Derecho Por Marco G. Monroy C.	51

POLEMICA

Simposio sobre Reforma Parlamentaria	65
--------------------------------------	----

LITERATURA

Sociología y Literatura Por Raúl Chavarri P.	89
La rebeldía auténtica en la obra de José Gutiérrez Por Helena Araújo de Albrecht	107
Telón, Corten, Luces Por Eduardo Galindo	117

BIBLIOGRAFIA

Panorama de la nueva poesía colombiana Por Eduardo Guizado	123
---	-----

POESIA

Poemas de Jaime Ferrán	129
------------------------	-----

CONTENIDO

FILOSOFÍA

- El mundo filosófico de Miguel Ángel
Por Joaquín Díaz 7
- Críticas, apogeo y crisis de la filosofía
Por Abel-Vera 19
- Una crisis sobre filosofía
Por Roberto Merello 29

HERENCIA

- La herencia de la filosofía de Platón
y la filosofía de la Escuela
Por Fernando Méndez 37
- Racionalismo, empirismo y positivismo
de la filosofía y sus fundamentos
Por Juan José Ferrer 47
- La filosofía del Renacimiento
Por Mario La Parra 51

GOBERNAR

- Introducción sobre filosofía gubernamental 69

LEONARDO

- Leonardo y la filosofía
Por Luis Eduardo B. 79
- La filosofía leonardesca en la obra de José Martí
Por Héctor Amador de Alarcón 107
- Leonardo y la filosofía
Por Roberto Galindo 117

HISTORIOGRAFÍA

- Historiografía de la filosofía leonardesca
Por Roberto Galindo 123

NOTAS

- Notas de la edición 139

EL MUNDO FILOSÓFICO DE MIGUEL ÁNGEL

El mundo filosófico de Miguel Ángel es un mundo que se abre a la filosofía y a la historia. En él se encuentran los fundamentos de la filosofía leonardesca, que se basa en la razón y en la experiencia. Este mundo filosófico es el resultado de la búsqueda constante de la verdad por parte de Miguel Ángel. Su filosofía es una filosofía que se preocupa por el ser humano y por su lugar en el mundo. Miguel Ángel busca comprender la naturaleza humana y su relación con el mundo que le rodea. Su filosofía es una filosofía que se preocupa por el bien y por la justicia. Miguel Ángel busca comprender el mundo y su lugar en él. Su filosofía es una filosofía que se preocupa por el ser humano y por su lugar en el mundo. Miguel Ángel busca comprender la naturaleza humana y su relación con el mundo que le rodea. Su filosofía es una filosofía que se preocupa por el bien y por la justicia. Miguel Ángel busca comprender el mundo y su lugar en él.

FILOSOFÍA



EL MUNDO FILOSOFICO DE MIGUEL ANGEL

Pico de la Mirándola, siguiendo a Platón en la forma de expresar la filosofía a través del Mito, ha expuesto uno de los más hermosos en el que se hace patente el sentido de la filosofía que movería el mundo en que surge la obra de Miguel Angel. *En el Discurso sobre la dignidad del Hombre*, relata Pico cómo el Creador, el demiurgo, al terminar la Creación del Universo se sintió movido a crear un ser que diese sentido a esa creación, que fuese el parlante testigo de ella; un ser capaz de conocer el fondo último de esa obra y de amarla por su belleza. Pero, ¿qué sucedía? La creación había sido total, el demiurgo había hecho de su obra una obra tan plena y extraordinaria que no podía ya ser mejorada; no podía ser, inclusive, recreada. “Pero entre los eternos arquetipos de las cosas no había ya ningún modelo para un nuevo brote —dice Pico—, ni el creador poseía entre sus tesoros don alguno que pudiera otorgar como dote a su nuevo hijo, ni encontraba tampoco en todo el orbe terrestre un lugar en que el que había de ser contemplador de todas las cosas pudiera ocupar su puesto de observación”. Esto es, la creación a fuerza de ser tan perfecta tenía cerradas todas las posibilidades para una nueva creación. El creador se limitaba a sí mismo en su extraordinaria perfección; mejorarla hubiera significado imperfección. “En efecto —sigue diciendo Pico de la Mirándola—, el todo estaba ya colmado y a cada círculo —tanto el más elevado como el más bajo, como el del centro— tenía ya asignados los distintos seres de acuerdo con el orden correspondiente. Así pues determinó el Supremo Hacedor, ya que no podía dotar a la nueva criatura de un bien propio y particular, que poseyera en común con los otros seres los dones que a ellos había conferido”. Esto es, el hombre, la última criatura,

sin ser dueño de ningún don, los tendría todos en común con el resto de la creación. Sería al mismo tiempo la criatura más rica y la más menesterosa, dueño de posibilidades universales dentro de la carencia absoluta de ellas. "Formó pues al hombre —agrega Pico—, según una imagen común que no presentaba distinciones, y le dijo mientras lo colocaba en el centro del mundo: "Adán, no te he señalado ningún puesto preciso, no te he dado una figura propia, ni te he conferido un patrimonio exclusivo para que tu mismo, escogiendo de acuerdo con tu propio deseo y determinación cualquier puesto, cualquier figura y cualquier don, puedas hacerlos tuyos". Esto es, el Creador, no pudiendo ya recrearse, hacía del Hombre el recreador de esa creación. Un recreador que sólo podría ser tal si actuaba, como su Creador, libre y espontáneamente. La creación, el todo, quedaba sometido a la nueva criatura que tomaría de ella los elementos para nuevas creaciones. Era de esta forma que el Demiurgo trascendía su perfección dando el don de la creación, esto es, el de la libertad que elige del todo para nuevas creaciones, al ente que había surgido huérfano de los dones específicos del resto de las criaturas. "Todos los demás seres —agrega el Creador del mito de Pico— han recibido de mi mano una naturaleza precisamente determinada que conservan, puesto que está sometida a leyes rigurosas que de antemano he establecido. Tú en cambio eres el único a quien no atan trabas; sé, pues, tú mismo el que te las impongas por la voluntad que te concedo. Te he colocado en el centro del mundo para que desde aquí puedas contemplar y ver mejor todo cuanto está a tu alrededor. Te he creado como criatura que no es exclusivamente ni celeste ni terrestre, ni mortal ni inmortal, a fin de que tu mismo te puedas forjar y superar libremente y puedas asumir cualquiera de las formas que elijas. Puedes degenerar hasta convertirte en animal, como puedes regenerarte hasta llegar a lo divino". "Los animales nacen trayendo del cuerpo de la madre todo cuanto deben tener; los espíritus superiores desde el principio o desde muy poco tiempo después son lo que serán por toda la eternidad. En cambio el hombre, en el momento de crearlo, le ha conferido su padre la semilla y el germen de toda vida. Cualquiera de las semillas que el hombre cultiva germinará y producirá fruto. Si se trata de un brote vegetal, se convertirá en planta; si sigue la sensualidad, será una bestia; si cultiva en sí mismo el poder de la razón, se convertirá en un ser celestial; si sigue a la inteligencia, será hijo de Dios y ángel". Todos los seres están hechos, sólo el hombre ha de hacerse y, al hacerse, rehará, igualmente a la creación. El valor, el sentido de sí mismo y del mundo del que es parte, dependerán del hombre. Dios mismo, como dirán más tarde los románticos, dependerá de esta criatura al mismo

tiempo fuerte y débil. Por eso tenía sentido la Biblia al decir que el Hombre había sido creado a imagen y semejanza de su creador. Imagen de Dios, creador como él, pero al mismo tiempo criatura. En la Capilla Sixtina se puede ver a este primer hombre, Adán, en la forma como lo concebía la filosofía de Pico de la Mirándola en su Mito. Allí está el Hombre, pintado por Miguel Ángel, con esa pujanza que le caracterizará. El Hombre lleno de posibilidades, fuerte, poderoso; pero al mismo tiempo abandonado en sus movimientos, apenas con la fuerza suficiente para extender su mano hacia el Creador cuyo dedo, sin llegar a tocarlo, le señala el destino del que ha de ser el único responsable. Adán, el hombre, respondiendo de toda la creación.

Miguel Ángel ha formado su espíritu dentro de una filosofía que busca conciliar dos mundos que parecen opuestos, el del Hombre y el de Dios, el Humanismo y la Teología. Es en Florencia, precisamente, en donde bajo los auspicios de su gran protector, Lorenzo de Médicis, El Magnífico, la Academia, discutía la forma de hacer compatibles ambos mundos, los mundos que ya Platón describía separados pero que se unían en ese ente llamado hombre. El joven escultor se ha encontrado, y sentado en la misma mesa del palacio de los Médicis, con Marsilio de Ficino, intérprete de Platón: con Pico de la Mirándola cuyo discurso hemos citado; el humanista Angelo Poliziano; Luigi Pulci, creador de romances burlescos y otros muchos artistas y filósofos, empeñados, todos ellos, en hacer del hombre el centro del maravilloso mundo que surgía ante sus ojos. El mundo y la carne, la carne que hace del hombre un hombre van dejando de ser lo accidental, lo pecaminoso, lo que debe ser rechazado. Es en el siglo XIII que otro italiano se ha anticipado a esta nueva actitud cantando su amor al mundo, a las criaturas que lo forman y a la carne, que si bien limita al hombre, lo define como tal y la hace instrumento de su propia recreación, este hombre fue Francisco de Asís.

El mundo y la carne van dejando de ser castigo y prisión. El mundo no es ya un lugar de destierro ni la carne la prisión del alma; ambos son el material y el instrumento de la recreación que se ha encomendado al hombre. El mundo es bello, como bello es el cuerpo humano; y lo son por el solo hecho de haber sido creaciones divinas. Pero es al hombre al que toca ahora descubrir y expresar esa belleza; del único don especial que posee, la libertad de elección, depende el que ese mundo y él mismo sigan siendo bellos, buenos y dotados de los más altos valores. El hombre ha sido cargado con la más grande y más extraordinaria de las responsabilidades: mante-

ner la belleza y la bondad de la creación divina. ¿Podrá con tan grande carga?

Este será uno de los más grandes temas de la filosofía renacentista. Puede el hombre captar y hacerse responsable de la creación; de una creación infinita? ¿En términos filosóficos, puede el hombre conocer lo infinito y absoluto, puede conocer a Dios? Podrá, desde luego, por gracia, como un don especial del Creador; pero no es esto lo que importa. Lo que importa es cómo yo, hombre, puedo, dentro de mis limitaciones alcanzar este conocimiento. No por gracia, sino por sí mismo, dentro de mi limitada naturaleza. Aún resuenan los ecos de la filosofía de dos franciscanos, ingleses ambos, Duns Escoto y Guillermo Ocam, que ha destruído todo el amazón filosófico en que se apoyaba la Edad Media: la racionalidad de Dios, del mundo y sus criaturas, entre ellas el hombre. Gracias a esta racionalidad, el hombre, ente racional, podía conocer a Dios y a la Creación. Pero no hay tal, ni Dios es racional ni la naturaleza, creada por El, lo es. El único ente racional es el hombre. El mundo, y esto lo va a demostrar el empirismo que tiene su fuente en esa filosofía, puede coincidir con la razón, enmarcarse dentro de su conocimiento, no porque sea racional, sino porque el hombre tiene capacidad para racionalizar al mundo. ¿Cómo lo racionaliza? Por la experiencia, parte por parte, experimentándola, deduciendo leyes que serán válidas hasta que la misma experiencia no demuestre lo contrario. En igual forma se podrá captar, conocer, llegar a lo absoluto: parte por parte, trozo por trozo.

El conocimiento, —nos dirá Nicolás de Cusa, cuya doctrina orientará el pensamiento filosófico del Mundo de Miguel Angel— se encuentra limitado frente a lo infinito y absoluto; pero dentro de esta limitación puede, sin embargo, captar en lo finito y limitado trozos de lo infinito e ilimitado. Esto es, el conocimiento humano puede someter, limitar, paso a paso, lo absoluto. También Cusa se encuentra preocupado, no tanto por el conocimiento de Dios y lo absoluto, como por la posibilidad humana de este conocimiento. No se quiere saber de la capacidad de Dios para hacerse conocer, ya que El todo lo puede; sino de la capacidad del hombre para este conocimiento. La capacidad del hombre, insisto, fuera de la fe y de la gracia; la capacidad del hombre para poner lo absoluto al alcance de sí mismo. Se trata de ver la unidad, el lazo de unión, de dos mundos que parecen tan opuestos. Ya Platón se había planteado este problema y por ello su filosofía causará un gran impacto en los filósofos del Renacimiento, y es a partir del platonismo que la filosofía renacentista planteará el problema del humanismo. Es en el hombre que se

dan los atributos de lo limitado y finito; pero a la vez la aspiración que mueve a lo ilimitado y absoluto. El hombre, preso en la Caverna de que hablaba Platón en su mito, reconoce en las sombras de lo limitado el cuerpo real de lo absoluto que las proyecta. Nunca podrá el hombre abarcar con su conocimiento lo ilimitado, pues dejaría de serlo; pero siempre podrá devorar, asimilar, partes cada vez más amplias de ese infinito. Fausto, el hombre faústico, está ya presente en esta filosofía del hombre que en su finitud puede devorar, sin descanso, lo infinito. Nicolás de Cusa se sirve de una metáfora para explicar la posibilidad de este conocimiento cuando dice: “De modo que el intelecto se comporta con respecto a la verdad como el polígono con respecto a la circunferencia; en efecto, cuanto mayor sea el número de ángulos y de lados que el polígono presente, tanto más cerca de la circunferencia estará, sin que por ello, y aunque se multipliquen los lados y los ángulos infinitamente, pueda llegar alguna vez a ser la circunferencia misma; análogamente ocurre con nosotros, que solo sabemos de la verdad tal como es que no podemos aprehenderla con verdadera exactitud. Pues la verdad es la necesidad absoluta, que no puede ser ni más ni menos que como es; nuestro intelecto, en cambio, es mera posibilidad”. El hombre, ese hombre de que nos hablaba Pico de la Mirándola, es eso, “mera posibilidad”, puede ser todo sin ser prácticamente nada en concreto. Es, precisamente, lo indefinido y por ello apto para captar, aunque sea dentro de sus limitaciones, lo ilimitado, lo absoluto. Es el hombre, condicionado y finito, el que apunta siempre a lo infinito sin lograr, empero, alcanzarlo nunca. Este es el principio de la “Docta Ignorancia” de Cusano; el saber de las propias limitaciones por lo que se sabe se ignora; saberse finito, por la conciencia que se tiene de lo infinito. La verdad es inalcanzable en su ser absoluto; es lo otro distinto de nosotros; pero no tan distinto que no seamos parte de él. Por ello el conocimiento humano, aunque limitado, incapaz de franquear los límites de sus posibilidades, no por ello reconoce la menor limitación a su afán de conocer lo otro, y sin impedimentos se lanza a conocer lo que está más allá de sí mismo.

¿Qué sucede con este tipo de conocimiento? El hombre pone su marca en el Universo, en lo absoluto, en lo infinito. El todo es recordado por el hombre que lo pone a su alcance. La creación, como quería Pico, es recreada. El hombre esculpe en el infinito la concepción que se ha hecho de él. Dice de él que es capaz de captar, lo que es capaz de ver, lo que está al alcance de su finitud ansiosa de infinitud. Por ello, dice Nicolás de Cusa, no podemos tener una intuición de Dios que no esté determinada por la forma de su contem-

plación, por la forma como el hombre lo ve y lo alcanza. “Tu rostro verdadero —dice Cusa dirigiéndose a Dios— está exento de toda limitación; no es de este tamaño ni de esta calidad, no es ni espacial ni temporal puesto que es la forma absoluta en sí, el rostro de todos nosotros”. El hombre, todo hombre, cada uno de los hombres, puede contemplarse en Dios y encontrar su verdad, la verdad concreta de su rostro; pero Dios es, precisamente, todos los rostros sin ser en concreto ninguno de ellos. “Cada rostro que mira al tuyo —sigue diciendo el Cusano— al mirarte no ve sino el suyo mismo porque ve su propia verdad”. “Así, quien te mire con cariñosa mirada, percibirá también tu mirada cariñosa dirigida hacia él, y cuanto mayor sea el amor con que aspire a contemplarte, tanto más cariñosamente lo iluminará tu mirada. Quien te mire con enojo, encontrará también tu rostro lleno de cólera; quien te contemple con regocijo, lo encontrará regocijado. Pues del mismo modo que a los ojos del cuerpo les parece todo rojo cuando miran a través de un cristal de ese color, así también ocurre con los ojos del espíritu, que en su limitación te miran a tí, que eres blanco y objeto de su contemplación, conforme a esa su naturaleza limitada. Pues el hombre solo puede juzgar como ser humano”. Lo mismo sucedería si los leones, águilas o becerros contemplaran y conocieran a Dios, lo verían como tal. “¡Oh, Señor —dice Nicolás de Cusa— ¿de qué naturaleza maravillosa es tu rostro que el joven si quiere concebirlo debe representárselo juvenil; el hombre viril, viril; el anciano senil? En Dios están todos los rostros de los hombres, El es cada uno de los hombres, cada uno de ellos lo imagina o lo hace a su imagen y semejanza. Se ha realizado, como se ve, una extraordinaria inversión. El hombre creado, de acuerdo con la biblia, a imagen y semejanza de su Creador, se ha transformado en creador al proyectar en Dios su propia imagen, al hacer de este su imagen. La criatura se transforma en creadora y el Creador en criatura de su criatura.

¿Cómo pues conocer a Dios en toda su plenitud, en todo lo que es? Buscándolo en todas sus criaturas, en todo el mundo, en todos los hombres. Pues es a través de sus creaciones como se ha desplegado y hecho patente. Amar el mundo, amar lo humano, amar lo particular y limitado, al igual que conocerlo, es amar y conocer la totalidad. De modo que el ideal hacia el cual debe tender nuestro conocimiento no consiste en desconocer ni en desechar lo particular, sino más bien en comprender el pleno despliegue de toda su riqueza, pues sólo la totalidad del rostro nos proporciona la visión una de lo divino. Dios está, para las limitaciones del hombre, como prisionero en la realidad asequible a este, el cual para conocerlo, liberar-

lo, deberá romper, parte por parte, la prisión limitadora. Dios, la Verdad, lo absoluto, está inmerso, velado, oculto, y es el hombre con sus ojos y poder que debe sacarlo a flote, desvelarlo, hacerlo patente como el escultor que con el cincel va recortando, arrancando, la materia que oculta las formas que sus ojos han sabido ver dentro de la materia. Los ojos del hombre saben reconocer en las sombras que se proyectan en la Caverna, las formas ocultas de la verdad y reconociéndolas se dispone a iluminarlas.

No de otra manera concibe Miguel Angel su arte. El es, ante todo, ese recreador del mito de Pico de la Mirándola. La belleza innata, propia de la creación, es recreada, embellecida por el cincel y el pincel del gran artista cuyos ojos descubren dentro de la tosca piedra y el frío muro, las ocultas formas de una belleza más honda, de una belleza que estando allí no había sido vista. Pero que una vez vista es menester hacer salir a luz, dar a luz, recrear. Por ello el propio Miguel Angel llamó a la escultura el arte que “opera a fuerza de quitar”. Arrancar, quitar la materia que oculta las formas que el artista ha visto dentro de ella. “Señora —escribe el artista florentino—, en la dura y áspera piedra, el mero quitar la superficie da vida a una figura, que va creciendo mientras la piedra salta”. Dar vida, crear, recrear, es lo que el artista siente al golpear con el cincel la dura piedra. Detrás de la piedra se ocultaba el David, el Moisés, la Piedra, los esclavos y tantas y tantas extraordinarias figuras sacadas a golpes de la materia. Allí estaban dentro, esperando ser sacados. Dentro del mármol, bella criatura de Dios, se hallaban ocultas esas criaturas que lo serán del artista.

*“En el más grande artista no hay idea
que la piedra no incluya en su aspereza.
Romper del mármol el hechizo es todo
lo que la mano, de obediente modo,
podrá obrar por la mente en su destreza”*,

dice el artista al expresar lo que podría ser el secreto de su arte. En la creación el artista ha sabido encontrar nuevas formas de creación. La belleza absoluta de la creación al ser enfocada por los limitados ojos del hombre, toma múltiples formas de belleza que de otra manera hubieran quedado ocultas. ¿Qué otra cosa que un artista es el ideal de hombre imaginado por la filosofía del Renacimiento? Es el hombre, armado de su libertad, el que se forja a sí mismo y forja al mundo, y lo forja y se forja de acuerdo con la forma oculta que descubre en el mundo ya creado y hecho, en la creación. El hombre ya no es simple parte del todo, no es simple parte de la crea-

ción, es, además, ojo y espejo de esa creación. Pero un espejo que no refleja simplemente las cosas de fuera, sino que las forma y plasma de acuerdo con la forma como las ve. Para Ficino, como para sus pares en la filosofía renacentista italiana, el hombre no es un esclavo de la naturaleza creadora; todo lo contrario, es su émulo, el que remata su obra perfeccionándola, corrigiéndola y depurándola. Allí donde el Creador, Dios, queda atrapado por su perfección, el hombre interviene y encuentra nuevas perfecciones. Al afianzarse el hombre afianza a la creación, le da nuevas posibilidades, la recrea y recrea hasta el infinito. Tal es la doctrina de la filosofía dentro de la cual se ha formado Miguel Ángel. La Academia platónica de Florencia no sostiene otra cosa. Su ideal, la misión del hombre que Pico de la Mirándola le ha señalado en el mito, es borrar del mundo todo lo que tenga apariencia deforme, reconocer que todo lo amorfo participa en cierto modo de la forma. Para Ficino esta es la suma de todo conocimiento filosófico religioso. Pero no basta reconocer, ver a través de la realidad concreta formas que están ocultas en ella, es menester, además, actuar, golpear, esculpir, sacar a flote. El artista es el ideal humano, el recreador de la Creación. El hombre puede persuadirse de que el mundo sensible tiene una forma y una estructura sólo si continúa dándole forma. Para esta filosofía la belleza del mundo sensible no procede, en última instancia, del mundo sensible mismo, sino que es en cierto modo un medio en el cual la libre fuerza creadora del hombre se ejercita. medio que, además, hace que esa fuerza se reconozca a sí misma como tal. Leonardo, par de Miguel Ángel, escribía, “¡Oh investigador de las cosas, no te gloríes de conocer las cosas que la naturaleza produce en su curso habitual! Alégrate, en cambio, de conocer la meta y término de aquellas cosas que tu espíritu ha trazado”. Ciencia y arte no son sino instrumentos de recreación de la naturaleza; la ciencia, nueva creación de la naturaleza producida por la razón, el arte segunda creación de la naturaleza producida por la imaginación. Y qué es la moral sino la forma como el hombre se recrea a sí mismo y hace de su ser un ente próximo a Dios o a la bestia? Dios crea, dice el Cusano, la realidad de las cosas, el hombre, en cambio, construye el orden de lo ideal, de lo que debe ser.

Hombres todavía con un pie en la Edad Media, no olvidaban viejas supersticiones y aún encontraban unidos sus destinos a sortilegios, magia, astrología. ¿Pero no era esto contrario a una filosofía que hacía del hombre mismo el escultor responsable de su existencia? ¿Cómo podían las estrellas y los astros determinar el destino de hombres, que deberían ser sus propios escultores? Pico de la Mirán-

dola no podía dejar de considerar este punto. La autodeterminación, la capacidad del hombre para hacerse a sí mismo y recrear la creación, estaba en contradicción con la creencia en la influencia de fuerzas extrañas a la voluntad humana. La voluntad, cierto, estaba limitada por las posibilidades del material de su creación, pero no limitada en la forma como podía elegir dentro de esas limitaciones. Era esa voluntad la que decidía qué forma dar a la realidad, que se le ofrecía, dentro de las posibilidades de la misma. Por ello en la obra del hombre no se debe admirar el material usado, sino la forma como éste ha sido usado, no el material de la creación, sino la creación misma. No es la mejor estrella lo que ha hecho la grandeza de Aristóteles y Alejandro, sino la capacidad de los mismos para aprovechar y orientar las oportunidades que le ofrecía, eso que llaman estrella. Lo que llamamos destino no viene de lo alto, no es obra de ningún astro o estrella, sino surge de lo más hondo del hombre, de esa voluntad de que le ha hecho dón especial el Creador. “Ante todo ordenemos ese cielo que se encuentra intelectualmente en nosotros mismos —dice Giordano Bruno— y luego aquel otro visible que se presenta en forma corporal ante nuestra vista”. Arranquemos de nosotros mismos los obstáculos que nos impiden actuar antes de enfrentarnos a los que nos interfieren en el exterior. “Quitemos del cielo de nuestro espíritu —agrega Bruno— la Osa de la deformidad, la Flecha de la envidia, el Caballo de la liviandad, el Can de la maledicencia, la Perra de la adulación, desterremos al Hércules de la violencia, a la Lira de la conspiración... al Cefeo de la dureza de corazón. Cuando hayamos purificado así nuestra morada y de este modo hayamos creado nuevamente nuestro cielo, campearán nuevas constelaciones, influjos y fuerzas, nuevos destinos, pues todo depende de este mundo superior... Purifiquemos nuestro impulso interior: así no será difícil que partiendo de la nueva forma del mundo interior logremos reformar el sensible y exterior”. Otra vez el mundo interior, lo que hace del hombre un Hombre, determinando la recreación del mundo exterior. El hombre no surge dentro del mundo para simplemente vivirlo, sino para transformarlo, hacerlo a la imagen y semejanza del que lleva dentro o del que desde dentro puede ver en el exterior. Mundo interno que le permite taladrar el externo y encontrar en él formas extraordinarias de belleza, bondad, verdad y toda la gama de valores que el hombre puede descubrir o proyectar, según se quiera. Pomponazzi, como Ficino, buscando conciliar a Aristóteles con Platón, insisten, una y otra vez, en que la imagen del mundo exterior parece formarse de la del mundo interior.

Tal es la filosofía, estética del universo, que circunda a Miguel Angel y hace de su arte uno de los más extraordinarios ejemplos vivos de la misma. Un arte que tiene como centro al Hombre, al hombre de carne y hueso, transformado en divino. Ese hombre cuyos músculos, nervios y carne parecen latir en el duro mármol; ese hombre que es, al mismo tiempo, la expresión de la naturaleza humanizada y la del hombre elevado a divinidad. Arte en que se confunde lo divino con lo humano, y que es al mismo tiempo proyección del mundo interno de un hombre, Miguel Angel. “Lo que mejor traza cada artista —dice Miguel Angel— es su propio retrato”. Y en este sentido proyectó, con su arte, la imagen que del hombre tenía a través de sí mismo. Nada que no tuviese asiento en su interior podía ser expresado en el exterior. Por ello protesta frente a las exigencias a que se le quiere someter para el término de una obra que aún no sabe cómo expresar. “Monseñor —dice—: Vuestra señoría me manda decir que debo ponerme a pintar y dejar toda ansiedad. Contesto que se pinta con la cabeza y no con las manos; y aquél que no puede dominar su cabeza produce una obra que le avergüenza”. Nada que no sea producto de la libertad creadora, de esa libertad donada por el Creador para hacer posible la recreación permanente de su ya perfecta obra. Más allá de la naturaleza que, como el hombre de Pico de la Mirándola, poseía, pero para trascenderla y hacerla materia de su recreación. El propio Miguel Angel es eso y por ello sobre él caben las palabras de Ariosto: “La naturaleza le hizo y después rompió el molde”.

CARACTER, APOGEO Y CRISIS DE LA FILOSOFIA MODERNA

De acuerdo con la opinión más divulgada y aceptable, la Filosofía Moderna abarca el desarrollo temporal de la filosofía desde el Renacimiento hasta los primeros años del siglo XIX. Se trata de un extenso período, excepcionalmente rico en pensamientos originales, de los que todavía se nutre en parte la concepción del mundo del hombre actual.

Jalonan ese período grandes arquitecturas de pensamientos y figuras clásicas de filósofos. Aunque tiene que resultar siempre vana y arbitraria la pretensión de definir con algunas notas que convengan por igual y plenamente a la variedad de concepciones que la constituyen, podemos afirmar, sin embargo, que la Filosofía Moderna se caracteriza, frente a la medieval o escolástica, por una decidida afirmación de la autonomía del espíritu teórico. Queremos decir con esto que esa época va a elaborar una filosofía y, a su vera, un tipo de saber novísimo en que consiste la ciencia moderna, que intentarán constituirse sin sujeción a ninguna instancia autoritaria; esto es, liberadas de toda teología y de toda tradición filosófica normativa. Este impulso fundamental tenía que comportar la actitud crítica más rigurosa.

Empujada por estos vientos, la Filosofía Moderna marchará lentamente en dirección a realizarse como una filosofía de orientación subjetiva. Y desde la más radical subjetividad intentará luego abrirse paso hasta arribar a una nueva y recobrada objetividad o trascen-